

TERRA SIGILLATA HISPANICA: A PROPOSITO DE UN LIBRO RECIENTE

Preparado durante varios años y anunciado desde algunos, ve, al fin, la luz el esperado estudio de François Mayet sobre la T.S.H. Ha sufrido una larga demora en la imprenta y el original, concluido en 1982 (cfr. p. 12, n. 20), cierra su bibliografía entre 1980 y 1982. En sus diez años de gestación esta obra ha vivido una etapa post-Mezquíriz, cuando la utilización y manejo de la misma (en realidad a partir de 1963 a pesar del pie de imprenta) habían permitido advertir una serie de trochas y veredas, límites voluntarios y limitaciones impuestas. Se ha cerrado en una nueva fase que es la del *boom* de los talleres del Najerilla, la sorpresa de Andújar y la constatación de la existencia de una serie de pequeños talleres. Por ello este libro, caso de considerar al de Mezquíriz como una estación de origen, no significa la llegada al final del viaje sino un reposo tras una densa etapa. Reunir, analizar y replantearse un estudio y una problemática tras un ventenio, especialmente si el plan original era muy distinto y en cierto modo suponía una primera penetración y descripción de una *terra incognita* hasta entonces, es siempre positivo, aunque ello no deba significar, forzosamente, que los resultados presentados sean definitivos ni el estudio inmutable. Una revisión puede plantearse desde dos puntos de partida, o bien a la luz de nuevos hallazgos o revisando lo presentado, diferenciar entre opiniones, hipótesis de trabajo, presupuestos y resultados, cribar, en suma, lo que se nos ofrece y establecer nuestro propio criterio.

Esta tarea es considerablemente amplia y por ello no puede ser, si se espera efectuarla en un plazo razonable, especialmente sin gozar de "años sabáticos" ni dedicación total, a largo plazo, a la misma. Por ello este análisis es el resultado compartido de la labor de tres autores que, en distintos tiempos y circunstancias, hemos dedicado nuestra labor al estudio de la T.S.H.

La introducción general presenta los propósitos del trabajo. La autora ha dibujado personalmente la totalidad del material, un don que no está al alcance de todos. Esto confiere a los dibujos una unidad que no es habitual. Esta falta de unidad se señala a propósito del libro de Mezquíriz, que es bien sabido que tuvo que prepararse con una precariedad de medios inconcebible en la actualidad, pero no es el único caso. Tampoco la unicidad de dibujante, como en el caso de Oswald, evita el embellecimiento y las grandes dotes de dibujante de García y Bellido se apagan en sus dibujos de cerámicas de Herrera de Pisuegra. Pese a ello, pese a sus diferencias de estilo, los dibujos de Dechelette, Knorr, Oswald o Hermet son comprensibles, legibles y cumplen con su propósito. Tampoco es un secreto que Mezquíriz tuvo que recurrir forzada y forzosamente al muestreo de materiales y que en algunos casos tales muestreos, como en Ampurias o en Juliobriga, se efectuaron sobre los remanentes de muestreos previos y, por otra parte, en varios yacimientos, por ejemplo Tarra-gona y Mérida, el material hoy utilizable es el resultado de un muestreo efectuado en el curso de viejas excavaciones.

En otro sentido se ha podido recurrir ampliamente a los estudios de laboratorio. Estudios sobre barnices, para entendernos, se han efectuado, con resultados diversos cuando no opuestos, al igual que los de proceso de cocción, desde principios de este siglo pero sin regularidad, con cierta obsesión por el "modelo griego". Hace un cuarto de siglo, en los días de la fundación de los RCRF, era una cosa no excepcional pero sí poco usual e inexistente un centro dedicado exclusivamente, al contrario que para los estudios del vidrio antiguo, a estas actividades. Había que recurrir a los criterios cromáticos, tan subjetivos como se quiera, como únicos disponibles y no faltan quienes entonces los tenían, aunque ahora lo silencien, como infalibles. Tampoco faltan quienes, como Arturo Stenico o, salvadas las distancias, uno de quienes esto escriben, se "beneficiaron" de múltiples críticas, verbales como acostumbra a suceder, por su escepticismo con respecto a la aplicabilidad de fracturas, colores de pastas, barnices y brillos a lo aretino o el largo alfabeto de las campanienses, especialmente en este caso Doris Taylor. Ahora bien, el haber manifestado dudas con respecto a la validez de un método no significa desconocer que entonces otros no eran aseguibles, ni olvidar que Oxé, sin datos de laboratorio a su alcance, había distinguido ya la producción "provincial" de Ateius.

Un punto de partida básico en el desarrollo de la obra de Mayet es la distinción entre T.S.H. altoimperial y T.S.H. tardía. En segundo lugar la agrupación de la primera, que es el centro y núcleo de su estudio, por centros de producción, frente al criterio tipológico y topográfico de Mezquiriz. Es el proceso tradicional, p. e. Dechelette o Knorr, pero es el procedimiento viable cuando el estudio, sea en las Galias, Arezzo o Puteoli, ha partido de un centro, o un taller, para definir una producción. El caso de la T.S.H., basta ver su historia, es un caso opuesto, quizás como la t. s. africana, en el cual se ha procedido por exclusión de lo itálico, lo gálico o, si se quiere, de lo africano-"t.s.clara".

De aquí el tema de la definición de "noción de t.s.h." (p. 15 y ss.). No creemos que el problema esté en el cromatismo, y se advierte ya que es un tanto discutible para la producción tardía, sino en el concepto "t.s.". "T.S.H." cobra el mismo significado que puedan tener otros apelativos geográficos y sus matizaciones regionales, "itálica", "gálica", "rética", "pannónica", etc. La producción de Acò, Sarius, Suñus, etc., no tiene este elemento cromático pero se considera el aspecto decorado de una producción sin decorar que *sí* muestra este color rojo, del mismo modo que no es el color razón para que la *terra nigra* sea considerada otra cosa que una variedad comarcal y temporal de la t.s.

Por este camino se excluye también a L. TERENT/IIII MAC. Que Terentius era más ducho en el torno que en el horno es cosa sabida. Ni Mayet ni Le Roux han alcanzado a conocer los resultados sobre la planta de Herrera de Pisuerga, de campamento, ni la excavación de C. Pérez de los alfares del mismo, pero cuando publicaron sus trabajos existía ya un hecho indiscutible. No conocemos ni una sola marca de Terentius que haya aparecido fuera de Herrera de Pisuerga pese a que esta zona del Norte de la Península no puede incluirse entre las menos conocidas arqueológicamente. Suponer que L. Terentius era itálico porque en Herrera aparece t.s. itálica, singularmente aretina (y con mayor abundancia de la que se indica), no me parece argumento. Para citar un sólo caso de campamento renano, y Herrera se halla en una zona de situación militar hartó más estabilizada, en Haltern se da la coexistencia de la producción provincial y la itálica. Además, el contexto de Herre-

ra no es precisamente un contexto de los tiempos en que la IIII MAC se hallaba en el Norte de Italia. Tampoco es ésta la única zona donde abundan los Terentii pero está, y estaba en el momento en que se escribiera este libro, por hallar el primer fragmento de L.TERENT/IIII MAC en el Norte de Italia o en el área danubiana; zona de difusión de productos norditálicos. Entre las desgracias de Terentius le corresponde aquí ser, al parecer, víctima del proceso de fabricación de un-maniqueo, aunque otros ceramistas *more italico* trabajaban en Hispania¹ y la aparentemente copiosa lista de Terentii alfareros en el Valle del Po se reduzca a A. Terentius², A. Terentius Corn³ y A. Terentius Di⁴, más Terent⁵, en ningún caso documentados en Hispania. Todo ello para concluir con una definición "...comme nos prédécesseurs, par sigillée hispanique nous entendons les céramiques à vernis rouge ou orangé, certaines présentant une marque d'officine, d'autres un décor moulé, guilloché ou à la barbotine, imitant les productions similaires d'Italie et de Gaule sous le Haut-Empire, influencées par les sigillées africaines et paléochrétiennes sous le Bas-Empire" (p. 16). No es, ciertamente, ésta una variación sobre el tema del príncipe de Lampedusa "Bisogna cambiare tutto perche tutto rimanga lo stesso" pero algo se le aproxima y junto a una definición se establece un programa, pero un programa en el cual se silencian los elementos propios de lo hispánico altoimperial cual el gusto por las formas cerradas, generalmente sin decorar, la conversión de formas indígenas o su trasmutación, de igual modo que una parte de la producción de tradición indígena, sin firnis, con ligero engobe, sin decoración o con decoración pintada, acepta, adapta o imita aspectos de la terra sigillata en cuanto a formas y perfiles.

En líneas generales la diferenciación que se establece como base de la exposición entre taller-alfar y centro productor parece razonable y compartible. Quizás más compartible si se hubieran tenido en cuenta algunas distinciones de tipo sociológico; muy bien recapituladas en Peacock⁶, pero convendría matizar y detallar. El comercio de los moldes es una tesis de Dechelette con reflejo en las Galias pero un tanto difícil de sostener en otros lugares, p.e. la producción ateiana en Arezzo o en Pisa, para aplicarla mecánicamente a Hispania. No se olvide que si se conocen moldes de Tricio, aparte otras localidades del valle del Najerilla, desde hace tres cuartos de siglo no hace ni tres lustros que conocemos testares. Generalmente han sido los fragmentos de moldes los que han llamado la atención sobre los testares y no los simples deshechos de hornada.

Bronchales, Abella-Solsona, Granada, Tiermes, Talavera de la Reina y tantos otros son, difícilmente pueden cambiar las cosas, pequeños talleres cuya producción tuvo una difusión reducida. Andújar o el valle del Najerilla son grandes centros de producción, pero no se alcanza a comprender la presencia de un fragmento de molde, generalmente el conocimiento procede de una primera pieza y nada más insignificante que los pequeños fragmentos de moldes de Tricio conservados en el M.A.N., pese a su importancia en la historia de la investigación sobre la t.s.h. Este tema enlaza, en cierto modo es el meollo, del planteamiento de un "mo-

¹ OXE-COMFORT, *Corpus Vasorum Arretinorum*, Bonn, 1968, p. 598.

² *Ibidem*, n.º 1.934-1.935.

³ *Ibidem*, n.º 1.936-1.937.

⁴ *Ibidem*, n.º 1.938.

⁵ *Ibidem*, n.º 1.933.

⁶ PEACOCK, D.P.S., *Pottery in the Roman world: an ethnoarchaeological approach*, New York, 1982.

delo" de producción (p. 205 y ss.) y una hipótesis sobre la "estructura de producción" de la t.s.h. Sin embargo esta hipótesis requiere una toma de posición que es el suponer una situación análoga en Andújar y en el valle del Najerilla. ¿Hasta qué punto es así?, ¿es aplicable el "modelo de La Graufesenque" en ambos casos o, por el contrario, ambos centros responden a modelos diferentes? Hay mucha labor por hacer en este caso y, en el mismo sentido, hay que plantearse el tema del "gusto", partiendo del carácter decorativo-no narrativo de la producción decorada, sin reducirse al repertorio temático de los punzones, p.e., ¿por qué Miccio, que muestra un cierto interés en la organicidad de la figura humana, prescinde de este interés cuando se trata de representaciones de rostros? El tema, como señala la autora, no es, simplemente, de "religión y sociedad", obsérvese la disociación entre el repertorio figurado de la producción del valle del Najerilla y la ornamentación escultórica de las estelas sepulcrales de Tricio, ni un tema de "gusto de clase" sino un "gusto" según las funciones, Andújar pudiera verse como una imagen especular o un negativo, a tenor de la correlación inexistente apuntada, del valle del Najerilla. En otro sentido convendría matizar el lenguaje, p.e., al llamar "estilos decorativos" lo que no pasan de ser temas o modos de combinar una decoración sin relación alguna con lo que se acostumbra a entender por "estilo".

Creo hubiera sido conveniente plantearse de nuevo la técnica de producción y decoración. Hasta ahora ha sido habitual trasponer a lo hispánico lo establecido para La Graufesenque por Hermet, sin tener suficientemente en cuenta a Dechelette, y esto no es tan exacto, ni tan preciso ni tan mecánico en la producción hispánica, de igual modo que, aparte el moldeado y el uso de punzones, los talleres galos no se limitan a asimilar una manera itálica de producir y decorar, ni como fin ni como medio.

Buena parte, la mayor parte, de la t.s.h. decorada es una producción anónima pero esto no debiera ser una barrera insuperable. Habría que plantearse, aunque el desarrollo de este planteamiento no pueda tener lugar en esta obra, una superación de este hecho ensayando criterios de agrupación, quizás al modo de Grace Simpson, estudiando la asociación de punzones y, vale la pena insistir en ello, diferenciando claramente lo que es punzón y lo que es decoración a mano alzada, "manuscript" de Comfort, modo de hacer tan frecuente como poco tenido en cuenta.

La sigillata hispánica alto-imperial es abordada en la obra de Mayet en dos "Libros", el primero de ellos dedicado a los centros de fabricación y el segundo a las estructuras de producción y de mercado. En el análisis de los centros de fabricación se parte de una lúcida estructuración del libro en tres capítulos, el de los talleres de difusión local —Abella y Solsona, Bronchales y Granada—, tratados en el primero, y el de los grandes centros de producción de Andújar y Tritium Magallum, sobre los que versan, respectivamente, los capítulos II y III. El esquema seguido por la autora a la hora de analizar cada uno de estos talleres o grandes centros es el mismo: situación geográfica, historia del yacimiento —descubrimiento y excavaciones—, características de la producción —rasgos tecnológicos, marcas de oficina, formas lisas y decoradas, composiciones y motivos decorativos— y cronología, apartados que se ven desglosados en o enriquecidos por otros aspectos en la medida en que lo requie-

re su mayor complejidad o su mejor conocimiento. El Libro Primero se nos presenta así clara y uniformemente planteado.

Resulta novedoso a lo largo del mismo el análisis de las características tecnológicas —aspecto de pastas y barnices, composición y técnicas de fabricación—, que encuentra su lógico respaldo en los Apéndices I y II. Es evidente el interés de este tipo de análisis, en particular de los de M. Picon, a la hora de diferenciar los artículos de los diferentes talleres y centros de producción, así como a la hora de determinar el origen de piezas de controvertida procedencia o clasificación. Es la primera ocasión en que éstos se efectúan para la sigillata hispánica y lo amplio del muestreo hará de sus resultados un ineludible punto de referencia para otras comprobaciones posteriores.

Quedan, no obstante, y como también es lógico, ciertos aspectos oscuros. Esto ocurre, por ejemplo, con el taller de Bronchales, donde Mayet individualiza a simple vista dos grupos entre los moldes, viniendo uno constituido por los de forma Drag. 30 y 37 almendrada; en el laboratorio dos fragmentos de moldes de Drag. 30 se separan por su composición técnica del resto de las piezas analizadas, pero no se indica si entre estas últimas se encontraban moldes de 37 almendrada. En suma, no llegamos a saber con certeza si las diferencias establecidas a simple vista se corresponden o no, y en caso afirmativo si lo hacen total o parcialmente, con los resultados de la analítica.

Con respecto del centro de Tritium Magallum, por otro lado, se deja constancia de la realización de análisis de laboratorio sobre piezas procedentes de Tricio y Bezares, así como de otros términos, entre los que no reconocemos Arenzana de Arriba, donde, al menos por lo hasta ahora conocido, la producción, sobre todo decorada, posee un notable sello personal y en ocasiones un aspecto externo que se nos antoja “algo” diferenciado. Se señala, no obstante, que el muestreo objeto de análisis—124 piezas, entre ellas varias modernas, y algunas arcillas— abarca un área de 15 kms. de distancia y que, al margen de algunas excepciones, sólo a partir de 5 a 10 kms. de distancia se observan ciertas variaciones perceptibles. Se avanza, en consecuencia, la dificultad de diferenciar oficinas en un radio de 10 kms. en torno a Tricio. Bajo este razonado presupuesto no parece desde luego probable el que los productos de Arenzana de Arriba pudieran suponer una excepción; no obstante valdría a nuestro entender la pena comprobarlo.

En cualquier caso, es obvio que estas y otras cuestiones sólo han podido plantearse tras la luz que ofrecen dichos análisis y es evidente asimismo que, gracias a este primer y amplio muestreo, podrán a partir de ahora abordarse análisis concretos encaminados a la solución de problemas específicos.

En líneas generales, juzgaríamos el estudio de formas y decoraciones como correcto, comedido y más bien somero. Es obvio que la autora no ha pretendido una indagación en profundidad de estos campos. Se ha limitado a recoger e ilustrar tipos y “estilos”, comentando de manera sumaria, en unas ocasiones, y algo más amplia, en otras, origen, rasgos o caracteres, evolución y cronología. Hay que reconocer que no es poco, aunque el estudio adolece de la consulta de ciertos conjuntos publicados.

En este repertorio formal y decorativo, que se mantiene en términos conservadores, se introducen en el campo morfológico ciertos aspectos novedosos, como es la aportación de algunas formas nuevas en Tritium Magallum —las decoradas

Hisp. 2 y 21 y algunos otros perfiles lisos—, se ponen en tela de juicio ciertas apreciaciones anteriores, como la existencia de la Knorr 78, y se minimizan u obvian otras cuestiones ya planteadas, como la individualización de la forma Drag. 29/37 o la diferenciación entre la Drag. 37 almendrada y la Hisp. 40.

Otro tanto cabe decir en cuanto a los “estilos” decorativos, donde la autora se remite básicamente a los ya tradicionales, sin apenas incidir en ciertos campos de interés, como pueden ser precedentes, asimilación y evolución de ciertos esquemas. En el caso de Tritium Magallum su intento de actualización de dichos “estilos” queda reducido más bien a un mero enfoque descriptivo. Cabe destacar, eso sí, la individualización de ciertas piezas de Mérida, que Mayet considera producidas en la misma oficina y que quedan, por su valor testimonial, como un esbozo de la labor que todavía resta por hacer en este campo de la producción tritense.

Por otro lado, la autora parece invalidar en buena medida el valor cronológico de los diversos “estilos”, dada su convivencia sobre un mismo vaso y su constatación sobre distintas formas. Es evidente, en cualquier caso, el significado relativo de los mismos, pero su valoración admite sin lugar a dudas no pocas matizaciones. No hay que olvidar, por ejemplo, que las composiciones metopadas y aquéllas a base de medallones están presentes también en la sigillata sudgálica anterior a época flavia⁷, de manera que ciertos esquemas hispánicos de este tipo bien podrían contemplarse dentro de lo que conocemos como temática de imitación. En contrapartida, en esta última industria se documenta también un tipo de guirnalda, ya algo evolucionada, que copia otras sudgálicas frecuentes sólo a partir de Nerón y durante la época flavia⁸. Uno y otro ejemplo pueden servirnos para ilustrar cómo el análisis de los diferentes esquemas decorativos ha de abordarse mediante una minuciosa lectura de éstos y de sus diversas variantes.

En cuanto a los motivos decorativos, se aprecia ahí, al menos donde son más ampliamente tratados, como en Tritium Magallum, un cierto propósito de indagación en lo que a los punzones figurados se refiere. Tal es el caso de las escenas de lucha y de las *venationes*, así como de la diferenciación, a pesar de la aparente banalidad del tema, de las figuras de conejos y perros. No obstante, algo más podría

⁷ Mezquíriz planteó ya en su día la probable derivación del “estilo de metopas” hispánico a partir de los correspondientes esquemas gálicos (MEZQUÍRIZ, M. A., *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia, 1961, p. 122), que se ven recogidos de manera relativamente amplia en OSWALD-PRYCE, *An introduction to the study of Terra Sigillata*, London, 1966, p. 71, 74-75 y 91-92, por lo que a los ejemplos más antiguos se refiere. Es cierto que el efecto decorativo de las composiciones metopadas típicamente hispánicas difiere, por su carácter a menudo repetitivo y monótono, del de los modelos sudgálicos, pero el esquema y la concepción del espacio son los mismos; por otro lado, no faltan tampoco en la sigillata hispánica conjuntos muy próximos a los rutenos. En cuanto a los medallones, es relativamente frecuente su presencia en vasos sudgálicos en el interior de metopas —en particular, alternando con motivos cruciformes— o en el espacio inferior de las guirnaldas (OSWALD-PRYCE, *o. c.*, p. 74-75), pero se documentan también como principal elemento de la decoración de un friso (HERMET, F., *La Graufesenque*, París, 1934, lám. 51, donde también se recogen algunos ejemplos dentro de metopas).

⁸ Nos referimos, en concreto, a las guirnaldas de ritmo abigarrado y efecto barroco recogidas en la lám. CXXVII, n.ºs 10-13. El modelo sudgálico empleado ya en época de Claudio, adquiere su mayor auge bajo Nerón y los flavios (véanse, a modo de ejemplo, los vasos ilustrados por Knorr en torno a los ceramistas Licinus, Primus, Modestus, Masclus, Niger, Passienus, Secundus, Vitalis, Matugenus o Murranus en *Töpfer und Fabriken verzierter Terra-Sigillata des ersten Jahrhunderts*, Stuttgart, 1919 y *Terra-Sigillata-Gefässe des ersten Jahrhunderts mit Töpfernamen*, Stuttgart, 1952). Su presencia en época flavia está además bien atestiguada a través de lugares como Pompeya (ATKINSON, D., “A hoard of samian ware from Pompeii”, *JRS*, IV, 1914, láms. V-24, VI-34 y X-52) o Rottweil (KNORR, R., *Südgallische Terra-Sigillata-Gefässe von Rottweil*, Stuttgart, 1912, láms. II-4, V-1 y X-2).

haberse intentado en relación a ciertas figuras humanas, para las que no faltan puntos iconográficos de referencia en la estatuaria o el relieve y, en particular, en las lucernas, fuentes, por otro lado, no ignoradas por la propia autora. Tal es el caso, por ejemplo, de los punzones núms. 2.395-2.397 y 2.399-2.401 que recuerdan de cerca representaciones de los lares bien conocidas a través de la plástica y de la decoración de lucernas⁹; o de los núms. 2.421-2.424, que deben reproducir Victorias aladas análogos a las que aparecen en ciertas escenas plasmadas en algunas lucernas¹⁰, o del núm. 2.446 que debe representar una figura de Pan¹¹.

Más rico en sugerencias es el aspecto cronológico. Ahí Mayet bascula entre una postura tradicional e innovadora. Reconocemos en buena medida la primera en lo que al comienzo de la sigillata hispánica se refiere, mientras que para el momento final de la sigillata alto-imperial se vierten ideas más radicales y, por ello, también más controvertidas.

La época de Claudio supondría para la autora el comienzo de la difusión de la sigillata hispánica de Tritium Magallum, tal y como atestiguarían los hallazgos de Conimbriga y del estrato VII de Pamplona, fundamentalmente; la sigillata tritiense mostraría ya entonces todos los rasgos característicos de la producción, mientras que el inicio de la fabricación y los primeros ensayos serían algo anteriores. No se entiende entonces muy bien por qué critica, en cambio, la datación tiberiana, propuesta por M. Roca, para el comienzo de la sigillata de Andújar, señalando para ello toda una serie de argumentos que, en su opinión, harían difícil situar el inicio de ésta antes de Claudio. No obstante, de todo ello debemos deducir que Mayet piensa, aunque no lo diga expresamente, que la producción de sigillata surgió antes en el área tritiense que en Andújar, postura con la que, en principio y aún a falta de pruebas, no estamos en desacuerdo.

Con lo que disintimos, en cambio, es con la cronología claudia que ella aboga para la sigillata del estrato VII de Pamplona. El que algunas piezas del mismo correspondan a época de Tiberio-Claudio o Claudio —por ejemplo, paredes finas, ciertas sigillatas de importación y, con menos seguridad, lucernas— no implica necesariamente el que todos sus materiales y, en concreto, su sigillata hispánica respondan a ese momento. Nos resulta difícil creer que estuvieran ya entonces plenamente configurados los caracteres de la sigillata hispánica y más aún que hubieran surgido formas tales como las Hisp. 4 y 10 ó las Drag. 35 y 37, puesto que todas ellas comparecen, aunque en pequeño número, en dicho estrato¹².

⁹ En particular, el tipo iconográfico de los lares vertiendo líquidos de un ríton, tan conocido a través de la plástica y los pequeños bronceos (REINACH, S., *Répertoire de la Statuaire grecque et romaine*, II, Roma, 1965, p. 493-496; IV, Roma, 1969, p. 301-304). La similitud es todavía más acusada con algunas representaciones de este tipo constatadas en lucernas (BAILEY, D. M., *A Catalogue of the Lamps in the British Museum. 2. Roman Lamps made in Italy*, London, 1980, p. 30-31 y, más concretamente, p. 235-236, fig. 26 y lám. 38, Q-1095).

¹⁰ BAILEY, D. M., *o. c.*, fig. 22, p. 363-364 y lám. 82, Q-1385.

¹¹ Ese mismo punzón había sido identificado ya por Méndez Revuelta como una probable representación de satirillo o panisco (MÉNDEZ REVUELTA, C., *Materiales para el estudio de la figura humana en el temario decorativo la terra sigillata hispánica*, *Studia Archaeologica*, 41, Valladolid, 1976, p. 37, n.º 169). La figura de Pan está bien atestiguada asimismo en la producción gálica (OSWALD, F., *Index of Figure-Types on Terra Sigillata*, London, 1964, láms. XXXIV-XXXV, 707-730) y, aunque el tipo iconográfico no sea exacto a éste, no faltan claros puntos de analogía.

¹² MEZQUIRIZ, M. A., *La excavación estratigráfica de Pompaelo. I. Campaña de 1956*, Pamplona, 1958, figs. 42, 63, 98-99 y las referencias correspondientes a las mismas en el texto. La misma Mezquiriz dejó, en su día, márgenes más amplios para la cronología de este estrato al señalar que "La datación... parece

En definitiva, Mayet parece adoptar, en lo que a las fechas iniciales de la sigillata hispánica se refiere, una postura próxima a la de Mezquíriz, aunque adelantando ligeramente la cronología para el principal centro de fabricación, Tritium Magallum. Y sin embargo no hay, creemos, ningún punto de referencia absoluto en estratigrafías que permita fechar hoy por hoy “con precisión” el inicio de la sigillata hispánica de este centro, al igual que tampoco lo hay, según menciona la propia autora, recogiendo la opinión de Sotomayor, para Andújar. Es más, sería preciso anotar, en todo caso, que los datos de que disponemos para Andújar, si bien relativos, son más abundantes que aquéllos del área tritense.

No son pocos los elementos, por otro lado, que sugieren una fecha algo más avanzada para los comienzos de la industria peninsular: la cronología de las importaciones sudgálicas—época de Claudio y Nerón fundamentalmente—; los modelos que siguen las mismas formas hispánicas, no anteriores a Claudio y en no pocas ocasiones, según Mayet, incluso flavios (para la Drag. 15/17 de Andújar y La Rioja; las Drag. 18 y 27 y la Hermet 13 de Tritium Magallum); la asimilación al repertorio hispánico de perfiles sudgálicos de creación o desarrollo flavio (Drag. 35 y 36, Drag. 46 y Ludowici Tb o Drag. 37, por citar sólo los más sobresalientes). Datos todos ellos que, en realidad, llevan a pensar que la cronología apuntada por Mezquíriz bien podría retrasarse ligeramente.

En lo que sí coincidimos plenamente con Mayet es en que el florecimiento y desarrollo de la producción hispánica debió de producirse en época flavia y trajana. Si, sobre esta base, no juzgamos un origen de la producción demasiado antiguo, podría esbozarse una industria hispánica relativamente incipiente todavía en época neroniana, pero ya en claro proceso de afianzamiento y asentando las bases de lo que poco después será una gran industria cerámica. En este desarrollo, no muy temprano, pero sí relativamente rápido, en donde creemos que pueden entenderse también fenómenos tales como la convivencia de los diversos esquemas decorativos y su presencia sobre formas distintas.

La propuesta más novedosa de Mayet en el aspecto cronológico viene proporcionada por el enunciado “¿Declive o interrupción de la producción hispánica en el siglo III?” que la autora incluye en el estudio de Tritium Magallum, si bien son muchas las ocasiones en que se vierten a lo largo del texto frases al respecto. Da la impresión de que ella se inclina por una desaparición, pero dejando siempre latente la posibilidad de que se produjera un declive o rarefacción por lógica cautela. Es digno de mérito, en cualquier caso, el que haya expuesto claramente el problema. Se apoya en sus planteamientos en los rasgos tecnológicos diferenciados—de no auténticas sigillatas—de la producción tardía, así como en el “hiatus” existente para el siglo III tanto en Conimbriga y Clunia como en Pompaelo, puesto que pone en tela de juicio, razonablemente, la coherencia del estrato IV de este último yacimiento, fechado por Mezquíriz en dicho siglo. No obstante, creemos que deberían haberse valorado o comentado, al menos, los materiales y datos aportados por el nivel de habitat 2 de Huerña, situado en la segunda mitad del siglo II d. C.¹³—yaci-

quedar precisada en la época de Claudio hasta los Flavios” (p. 28) o que “podría ser de época Claudio-Flavia” (p. 96).

¹³ DOMERGUE, C. y MARTÍN, TH., *Minas de oro romanas de la provincia de León, II, EAE*, 94, Madrid, 1977, p. 18-20 y 84-137.

miento al que la autora se refiere en otro apartado— por cuanto enlazaría con el inicio del proceso de rarificación o desaparición por el que ella aboga.

Si nos planteamos, en cualquier caso, por qué no conocemos la cerámica del siglo III habremos de responder que lo que desconocemos realmente son estratos de dicho siglo. ¿Qué es lo que ocurre entonces durante el siglo III en las ciudades?, ¿es la casualidad la que ha originado esta laguna o hay que considerar junto a ese factor del azar otros condicionantes? Es más ¿por qué los pocos estratos claros y coherentes encontramos en núcleos de población romanos corresponden fundamentalmente a finales de la época julio-claudia y al período flavio?¹⁴ ¿se remodeló tal vez en este segundo momento parte del entramado urbano de ciertas ciudades? Merece la pena advertir, incluso, cómo, si exceptuamos algún otro caso esporádico, es en Huerña y en el recientemente publicado Castro de Corporales, ambos núcleos de hábitat singulares, por cuanto obedecen a una actividad económica concreta, a la explotación minera, donde la gama estratigráfica se amplía, dándose además la feliz circunstancia de que uno y otro yacimiento sean entre sí complementarios¹⁵.

En este sentido, y dada la escasa, por no decir nula, información que nos proporcionan las ciudades sobre sí mismas en el siglo III y, en consecuencia, también sobre la cerámica en uso, ¿no habría que intentar recabar datos sobre el último punto en otros yacimientos diferentes?, ¿por qué no en las *villae*, ocupadas por lo general ya desde el siglo I d. C., o en los ajuares de las necrópolis?

Por nuestra parte, pensamos que hubo de producirse, sin duda, un declive y rarificación de la sigillata hispánica durante el siglo III. Mucho más improbable nos parece el que llegara a desaparecer. Y ello podría venir avalado por un dato que se nos proporciona en los análisis cerámicos: la sigillata tardía del grupo D5, atribuida a Tritium Magallum, coincide en el aspecto tecnológico con la producida en ese mismo centro en época alto-imperial y mantiene asimismo ciertas similitudes decorativas con respecto de ella. No ocurre lo mismo en otros casos donde la diferencia tecnológica va acompañada además de un drástico cambio en el gusto ornamental. Si se considera lógicamente a esa producción tritiense como la más antigua dentro de la t.s.h.t., tal y como Mayet lo hace, parece igualmente razonable presuponer la existencia de un hilo conductor, aunque fuese débil, entre la sigillata alto y bajo imperial.

Queda expuesto así cómo, del estudio de los distintos centros y talleres, son los aspectos cronológicos los que nos han parecido más discutibles, pero también más novedosos, al menos por lo que al final de la sigillata alto-imperial se refiere y centrado el problema, claro está, en el caso concreto de Tritium Magallum.

Unos últimos comentarios todavía sobre el Libro I. En las conclusiones del primer capítulo, el dedicado a los talleres de escasa difusión, se introducen unos pá-

¹⁴ Estratos VII y VI de Pamplona, pues, aun a riesgo de equivocarnos, situaríamos el primero a comienzos de la época flavia y el segundo, tal y como indica Mezquíriz, en el último cuarto del siglo I o quizás a comienzos del siglo II (MEZQUÍRIZ, M. A., *La excavación...*, p. 28-29). Nivel de habitat I de Huerña (DOMERGUE, C. y MARTÍN, TH., *o. c.*, p. 14-16 y 21-66) y nivel II de la Cata E de Tiermes (ARGENTE OLIVER, J. L. *et alii*, *Tiermes I, EAE*, Madrid, 1980, p. 63-75 y 78, figs. 11-28), ambos fechados en el tercer cuarto del siglo I d. C.; la datación parece algo restringida, pues uno y otro bien podrían adentrarse algo más en la época flavia.

¹⁵ A propósito de Huerña véanse las notas 13 y 14; para el castro de Corporales, SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., *La Corona y el Castro de Corporales. I. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981, EAE*, 141, Madrid, 1985, p. 113-272 y 322-323.

rrafos finales sobre otros posibles alfares de análoga o similar categoría —en particular dos, uno avalado por ciertas piezas de Bilbilis y otro por algunos perfiles de Clunia y Pedrosa de la Vega—, que se ven a su vez recogidos y ampliados con otros en las conclusiones generales del Libro I —por ejemplo, los talleres de Tiermes y Singilia Barba o el, erróneamente deducido, de Palencia¹⁶—. De ahí tal vez el que el panorama general de esos pequeños talleres, por otro lado en su mayoría todavía insuficientemente conocidos, y de otros hallazgos más o menos aislados quede algo desdibujado.

La nota más novedosa viene proporcionada por esos posibles talleres detectados por la autora a través de tres Drag. 29 de Bilbilis, por un lado, y por medio de algunas tapaderas y ciertos perfiles derivados de la Ritt. 8, por otro; responderían estos últimos a un taller situado en el Valle del Duero, tal vez en las proximidades de Clunia. No obstante su interés, uno y otro admiten ciertas matizaciones. Con respecto del taller del Duero, cabría añadir que el tipo formal que, al parecer, más lo caracteriza se documenta no sólo en Clunia y Pedrosa de la Vega, sino también en Liédena (Navarra)¹⁷, Lancia¹⁸ y Huerña¹⁹ (León) y que en fecha reciente lo ha sido también y con notable abundancia en Montealegre (Valladolid)²⁰, un área, en resumen, considerablemente más amplia, si bien centrada básicamente en la cuenca del Duero.

Por último, de problemáticas juzgaríamos las piezas de Bilbilis. No entraremos en si se trata o no de auténticas sigillatas; pero la forma, la decoración a ruedecilla y su curioso aspecto externo —variable en ocasiones de tono desde el anaranjado al negro y con brillo metálico— nos llevan a relacionarlas con las denominadas “cerámicas pigmentadas” por Unzu Urmeneta²¹ y “cerámicas engobadas” por Aguaro Otal²² y, muy en particular, con la forma 5 de la primera²³. Es con estos artículos, difundidos por el alto y medio Valle del Ebro y por el alto Duero, con los que desde luego tenderíamos a relacionar las piezas bilbilitanas que, como la propia autora indica, tienen una clara réplica en otras de Pamplona.

¹⁶ En la p. 101 comenta Mayet que sería urgente analizar las sigillatas de Palencia que algunos arqueólogos estiman locales, remitiendo en la nota 25 a dos trabajos, uno de C. Fernández Ochoa sobre la sigillata hispánica de Osorno y otro, de uno de nosotros, sobre las sigillatas de Palencia —trabajo que según señala no ha podido consultar—, en los que, sin embargo, nada se expresa a propósito de este punto.

¹⁷ MEZQUÍRIZ, M. A., “Sigillata hispánica de Liédena”, *Príncipe de Viana*, LII-LIII, 1953, p. 276, piezas consideradas ahí como Drag. 37 lisas.

¹⁸ JORDA CERDA, F., *Lancia*, EAE, 1, Madrid, 1962, lám. I-4 y 9.

¹⁹ DOMERGUE, C. y MARTÍN, TH., *o. c.*, p. 94 y fig. 24, n.º 441-442.

²⁰ VV. AA., *Tessera Hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 6, en prensa. No es, con todo, la primera vez que se documentan perfiles de este tipo en la provincia de Valladolid (MANANES, T., *Arqueología vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*, Valladolid, 1979, fig. 16, n.º 1, por citar un ejemplar claro y no excesivamente fragmentado).

²¹ UNZU URMENETA, M., “Cerámica pigmentada romana en Navarra”, *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, 1979, p. 251-275.

²² Tal denominación fue acuñada en AGUAROD OTAL, M. C., “Producciones engobadas en el Municipium Calagurritano”, *Calahorra. Bimilenario de su fundación*, Madrid, 1984, p. 143-160, en particular p. 146. Además, para las especies lisas, IDEM, “Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: II. Las cerámicas engobadas, no decoradas”, *Turiso*, V, 1984, p. 29-106, y para las decoradas, AMARE TAFALLA, M. T., “Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: III. La cerámica engobada decorada”, *Turiso*, V, 1984, p. 107-139; en este último, donde se aglutinan piezas ornamentadas por diversos procedimientos, aparece también la decoración burilada y a ruedecilla, aunque en vasos de perfil semiesférico.

²³ UNZU URMENETA, M., *o. c.*, p. 259.

Es en el Libro II, dedicado a las estructuras de producción y mercado de la sigillata alto-imperial, donde Mayet nos proporciona la parte más innovadora de su obra; es ahí, y no en otros aspectos, donde podemos ver reflejado ese intento de plantear una nueva problemática al que aduce en las pp. 11 y 12 de la Introducción.

Constituye, de hecho, ese libro un valiente punto de partida a la hora de encuadrar la industria hispánica dentro de un fenómeno social, productivo y económico. Dos son las bases fundamentales sobre las que se asienta su estudio: por un lado, un catálogo de punzones amplio, claro, ordenado y muy bien presentado, en el que por fortuna, y siguiendo la trayectoria anterior de la autora, se desecha básicamente el criterio de las asociaciones; por otro, la valoración de una serie de modelos productivos, como los efectuados sobre la campaniense A, la sigillata aretina, la industria de La Graufesenque o la producción de ladrillos. A partir de la luz que estos datos y premisas ofrecen plantea Mayet una hipótesis sobre las estructuras de producción de la sigillata hispánica, para abordar finalmente las estructuras de mercado de la misma.

Este era un campo prácticamente inexplorado en la industria peninsular y la autora ha sabido enfocarlo desde una perspectiva adecuada, valiéndose no sólo de la información que deparan las propias marcas de oficina hispánicas sino también de los puntos de referencia que proporcionan otras industrias cerámicas. Ajustado es el análisis de las primeras, aun cuando tal vez sea discutible la reconstrucción de ciertos nombres o queden desdibujados algunos aspectos, como la vinculación o no de diferentes firmas a un mismo *offinator*; no obstante, en este punto, y a través de lo que se indica en la p. 201 a propósito de Scribonius y G. Scribonius y otros, no parece tanto que Mayet obvie la cuestión cuanto que se retenga en sus comentarios por razones de prudencia. De criterio válido hay que juzgar, por otro lado, el utilizado por la autora a la hora de diferenciar grandes y pequeñas oficinas. Valora ella, a tal efecto, el número de diferentes *sigilla* constatados en cada caso. Sin embargo, quizá hubiera sido conveniente distinguir ahí, en lo que a los vasos decorados se refiere, las firmas en sello de aquéllas realizadas directamente sobre el molde, por cuanto las marcas interdecorativas a mano alzada, necesariamente diferentes en cada matriz, no pueden ser consideradas en sí como punzones o *sigilla*. Su valoración en tal sentido puede proporcionar, de hecho, una alta cuantificación que, si bien no debe variar en lo fundamental los datos sobre los que Mayet opera, sí puede en cambio alterarlos en parte y distorsionarlos. Tal vez no hubiera estado de más, en cualquier caso, la aplicación de un tratamiento diferenciado para los *offinatores* con producción decorada, al menos para aquéllos que, a través de lo constatado, ejercieron ésta de forma exclusiva o predominante, y no sólo por las razones arriba apuntadas, sino también en virtud de los diferentes mecanismos que entrañan las piezas confeccionadas a molde.

La postura de Mayet es audaz en el papel que atribuye a los *negotiatores* dentro de las estructuras de producción y mercado, pero su hipótesis es tremendamente sugestiva y aparece además razonablemente trazada. Sugestivo también, pero mucho más discutible, nos resulta el papel de importancia que esboza para Mérida, al menos en lo que a la posible interpretación de la marca C.I.A.E.F. se refiere.

La comercialización de Tritium Magallum queda reducida en la obra al análisis de la distribución de los productos de dos ceramistas, Valerius Paternus y Lapiilius, pero con ello Mayet abre un interesante camino de indagación al constatar

ciertas diferencias en el área de comercialización de los artículos de uno y otro. Parece necesario comprobar, de hecho, si los mapas de difusión de otras oficinas pueden deparar datos expresivos sobre ese fenómeno económico.

Es significativo al respecto el hecho de que, de entre los dos casos que ilustra Mayet, los productos de Lapillius estén ausentes en Mauritania, frente a los allí ampliamente documentados de Valerius Paternus. Indudablemente esta divergencia puede explicarse por una diferente red comercial, tal y como ella lo hace, pero tal vez jugaran otros factores y entre ellos no cabe descartar el cronológico. En realidad, las exportaciones desde Tritium Magallum a Mauritania pudieron ceder en un momento no determinado del siglo II ante la competencia de las sigillatas africanas e incluso llegar a rarificarse paulatinamente; si es precisamente a esa competencia a la que justificadamente se atribuye la desaparición del centro de Andújar, en ese mismo presupuesto podrían tener explicación asimismo algunas de las ausencias de productos hispánicos en el Norte de Africa, caso tal vez de los de Lapillius.

En suma, factores de diversa índole —de estructura comercial, cronológicos, etc.— pudieron condicionar una distribución determinada de ciertos productos y, en este sentido, Mayet, al analizar la comercialización de dos de las más importantes oficinas, esboza una vía llena de posibilidades en la que será preciso profundizar en un futuro.

Juzgamos, en definitiva, de gran interés todo el Libro II de la obra de Mayet. Tiene el mérito de haber roto con ciertos prejuicios —caso de las asociaciones— que desde hace varios años entorpecían el adecuado enfoque de algunos aspectos de la sigillata hispánica y de ofrecer además una novedosa hipótesis de trabajo sobre las bases sociales y las estructuras productivas y comerciales de esta industria. El progresivo conocimiento de la misma conllevará, con el tiempo, la comprobación, variación o modificación de esas hipótesis, pero es obvio que todos los que aborden este campo de la sigillata hispánica habrán de tener en cuenta los presupuestos de Mayet.

Impecable es, por otro lado, la ilustración de la sigillata alto-imperial, como lo es la de la obra en general; en este aspecto Mayet supera con creces la media habitual. Las láminas se ven precedidas por unas referencias complementarias ajustadas y bien elaboradas. No obstante, echamos en falta, en lo relativo a los motivos decorativos, la referencia a los vasos por ella ilustrados en que aparecen, máxime cuando, casi siempre que están publicados, la autora incluye la cita bibliográfica correspondiente. En todos los motivos, pero especialmente en aquellos que ella aporta por vez primera y que se ven respaldados por la ilustración del vaso en las láminas, la mera indicación de la pieza hubiera facilitado enormemente la evaluación de ese elemento dentro de todo un conjunto decorativo y hubiera hecho de la obra un instrumento útil e imprescindible a tal efecto.

Las producciones hispánicas tardías son estudiadas en el Libro III. Formas, decoraciones, cronología, vinculaciones, difusión y centros de fabricación desfilan en los tres capítulos en que se subdivide este libro. Además hay que añadir la parte final dedicada a los análisis realizados por el Laboratorio de Ceramología de Lyon y en la que obviamente hay un capítulo referido a la TSHT. A todo ello vamos a dedicar ahora nuestra atención.

Se inicia por tanto el estudio con un primer gran apartado dedicado a las formas de la sigillata hispánica tardía. Y lo primero que hay que resaltar es que no se haya emprendido una clasificación nueva de las mismas, tentación ésta en la que sería muy fácil caer en lo tocante especialmente a las producciones lisas y estampadas. De momento está ahí para quien quiera la que se realizó con el material de La Olmeda (que casi nadie emplea, seguramente porque, no teniendo presentación de "tabla"; obliga a la lectura del texto, un esfuerzo excesivo), y que sólo puede considerarse como provisional por incompleta hasta que un día se emprenda un estudio de conjunto basado en un lote muy amplio de piezas, única forma en que se puede afrontar seriamente. Publicar mientras tanto alguna modificación de la misma no haría sino complicar las cosas inútilmente.

Por ello es de agradecer que la autora sensatamente se limite a reagrupar las formas lisas más frecuentes en categorías amplias tales como "grandes platos", cuencos, etc., extrayendo finalmente (p. 256) unos rasgos que se manifiestan como propios de la personalidad de estas formas TSHT lisas: la ruedecilla en el borde vuelto de los cuencos; las molduras del borde de los grandes platos; la doble curvatura interna de los mismos.

Diferente tenía que ser el planteamiento de cara a las formas decoradas a molde, ya que mientras no se publiquen los grandes conjuntos, donde sabemos existen formas nuevas, el panorama es más limitado y está bastante más definido, aunque tampoco de una forma tan inamovible como pudiera pensarse. En efecto, entre todo lo que la autora apunta, queremos destacar el hecho de que por fin Mayet se ha atrevido a decir lo que otros no habíamos más que insinuado: que la forma 43 no existe más que en la imaginación de quien la reconstruyó con dos fragmentos de una 42 que además no casaban.

Replantea por tanto el perfil de la forma 42 al que le asigna ahora siempre (discutible) la presencia del pitorrovertedero, tomando como modelo el vaso de Gallur: "Nous avons eu la chance de trouver dans une vitrine de Musée des Beaux-Arts de Saragosse, un vase entier provenant de Gallur, donnant pour la première fois le profil complet de cette forme" (p. 258), vaso que, por cierto, estaba desde hace mucho publicado, y no ya una sino hasta dos veces²⁴.

No son muchos sin embargo los avances que pueden verse en el capítulo de las decoraciones, donde la autora se limita a repetir lo dicho para el material de Conimbriga, aunque con alguna matización. Así p.e. el primer estilo definido, el de rosetas, se trata ahora con más extensión: correspondería a la obra de un centro productor, Tricio en concreto, caracterizado no solamente por la peculiar decoración sino también por un tipo de pasta muy concreto, que puede apreciarse visualmente y que, por supuesto, está analizado por Picon al final del tomo.

Sin embargo establece un segundo grupo de decoraciones, vinculado al segundo grupo de pastas analizado, que actúa ya un poco como cajón de sastre, incluyendo en él tanto a las decoraciones de dobles círculos como a otras diferentes, las cuales confluyen también en parte con otras del tercer grupo establecido ("un troisième style intermédiaire?").

²⁴ BELTRÁN, A., "Nota sobre "El Cabezuelo" de Gallur (Zaragoza)", IV *CN Arq.*, Burgos, 1955, Zaragoza, 1957, p. 189-191 y láms. que siguen; BELTRÁN LLORIS, M., "Notas arqueológicas sobre Gallur y la comarca de las Cinco Villas de Aragón", *Caesaraugusta*, 33-34, 1969-70, p. 106, láms. 4 y 5-1.

No se analizan por tanto ni las diferentes composiciones ni la sintaxis con que funciona este peculiar modo de decorar, posiblemente porque se ha tenido en cuenta poco volumen de material: salvo alguna excepción, no ha contado con todo lo que se halla publicado, sino sólo con lo que ha visto en Tricio, Conimbriga y Mérida, yacimientos estos últimos con una peculiar situación respecto a los centros productores y a la Península en general, lo que ha condicionado de forma bastante radical el punto de vista adoptado.

También son de Mérida y Clunia los ejemplares que se tienen presentes a la hora de tocar la decoración hispánica estampada, tanto en cuencos como en platos. Aunque de los primeros, los cuencos, no son muchos los ejemplares publicados en la bibliografía (aparecen sobre todo en la cuenca del Duero), quizá sí que hubieran dado pie como para plantear en un libro como éste la particular problemática que conllevan. Mucho más abundantes son los platos con estampaciones conocidas y que no parecen haber sido tenidos en cuenta, por lo que ni siquiera se llega a enunciar la característica no radial de estas decoraciones (cosa que las diferencia de las norteafricanas), y que da lugar a alguna afirmación ya degenerada en tópico: a lo largo de las páginas se sostiene como tesis que las formas lisas y la decoración estampada se "inspiran" en los productos africanos (pp. 256, 272 y conclusiones), pero claro, como lo hacen tan mal (y es que realmente no se parecen), podemos concluir que calidad mediocre, pobreza de decoración, etc., lo de siempre..., argumentos que serían igualmente válidos para invertir la proposición y plantear que la sigillata africana imita de un modo evidente a la hispánica.

A la cronología está dedicado el capítulo segundo, con un planteamiento inicial del todo correcto: existe una laguna entre el fin del siglo II y el fin del siglo III, pero no puede haber desaparición total sino más bien una recesión, manteniéndose la tradición en algún punto muy localizado y dándose luego un renacimiento concretizado en este fenómeno que llama "Los tiempos de las sigillatas tardías".

Para las fechas concretas, basándose especialmente en los datos obtenidos en Conimbriga y en Mérida (excavación del templo de Diana, inédita), propone un período que abarcaría entre el 325 y el 450, fecha esta última que habría que considerar quizás en cierto modo un poco alta sobre todo si tenemos en cuenta los resultados de otras excavaciones.

Dos puntos constituyen la esencia del capítulo III: la difusión de esta cerámica y los centros de fabricación. La primera, presentando mapas de yacimientos, da una idea global de la magnitud del fenómeno: el área de máxima importancia está en las cuencas del Duero y del Ebro, con una dispersión mayor que va decreciendo en importancia según se aleja de esa zona, debido a la competencia de las cerámicas foráneas. Se define así un espacio propiamente hispánico que viene a corresponder aproximadamente con la mitad norte de la península, siendo en el resto los hallazgos más que esporádicos.

La parte dedicada a los centros de fabricación se resiente de modo especial de la desinformación que venimos acusando en todo lo anterior. Únicamente conoce los sitios de Tricio y Clunia, suponiendo el de Tiermes sin pruebas. Bien es cierto que es justamente ahora cuando la aparición de moldes se está prodigando, pero por lo menos hasta 1982 (año en el que aparentemente se cierra su bibliografía) se conocían cuatro lugares más, y uno de ellos, La Yecla, desde 1940.

La problemática de los centros de fabricación, en cuanto a lo poco que aún sa-

bemos, es cada vez más compleja y, sobre todo, desconcertante. A una abundancia de yacimientos menores, pero que se ceñían a un área geográfica reducida dentro de la actual provincia de Burgos, hay que añadir ahora otro lugar recientemente descubierto, más alejado aunque dentro de la Meseta Norte. A esto se superpone el hecho de que todos ellos carecen en apariencia del aspecto de centro de fabricación, arrojando un volumen ínfimo de material, al menos en superficie, ya que la mayoría está sin excavar, siendo preferible de todos modos que permanezcan así, sin ser excavados, hasta que por acumulación de hallazgos superficiales se tenga más clara la problemática y se sepa por tanto lo que se quiere concretamente averiguar con la excavación.

Como mencionamos, el final del libro está dedicado a los análisis físico-químicos del Laboratorio de Ceramología de Lyon. El trabajo de M. Picon, sobradamente conocido por su amplia experiencia en estudios de este tipo, es sumamente interesante, pues el análisis de componentes puede ofrecer una gama de datos aún insospechados, rompiendo el enclaustramiento de los estudios estilísticos imperantes. El examen se realizó sobre una muestra de 106 fragmentos de procedencias diversas, cerámicas tanto lisas como decoradas, de diferentes estilos (no se especifican), no siendo además todas ellas tardías (?). Tenemos que objetar a este punto de partida. No creemos que se puedan deducir los centros de producción por este camino, que según parece es lo que se pretendía averiguar (y de hecho no se llega a ninguna conclusión). Intuimos que las posibilidades del procedimiento son otras y que se puede sacar de él mucho beneficio, pero seguramente más adelante, cuando se conozcan mejor los alfares y su problemática, cuando se distingan ya "estilos personales" de hacer (no falta mucho para esto). Entonces quizás sí que una constatación o indagación de laboratorio pueda ser muy rentable.—ALBERTO BALIL, MARÍA VICTORIA ROMERO y JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RODRÍGUEZ.

PATENA VISIGOTICA DE LA COMARCA DE TORO (ZAMORA)

Recientemente hemos tenido conocimiento de la existencia de una nueva patena litúrgica procedente de la zona de Toro que, por generosa iniciativa de su propietario don Luis Pérez Díez, ha ingresado en calidad de depósito en el Museo Provincial de Zamora con el Número de Inventario 86/8/1.

La pieza en cuestión fue adquirida por aquél, dos años atrás, a un chatarrero de la ciudad de Toro, Santiago Pinilla, por el precio de cinco mil pesetas, sin que nuestras posteriores indagaciones hayan logrado averiguar sobre los orígenes de la pieza más dato que el de haber sido comprada por el mencionado comerciante entre diversos lotes de chatarra en el entorno de la ciudad de Toro, no pudiendo precisar, al no recordarlo, si la adquirió en la localidad vallisoletana de Villalar de los Comuneros o en la zamorana de Pinilla de Toro. Al parecer se encontró arando en el curso de las faenas agrarias.